

Durante un instante contempló aquel rostro expresivo y melancólico; luego besó el retrato y lo entregó á Dunia.

—Muchas veces hablé “de esto” con ella, sólo con ella—dijo, pensativo.—Le conté mi proyecto, que tan lamentable fin había de tener. Está tranquila—continuó, dirigiéndose á Dunia.—Se rebeló tanto como tú, y mucho cerebro que hoy esté enterrada.

Luego, volviendo al principal objeto de sus preocupaciones, prosiguió:

—Lo esencial ahora es saber si calculé bien lo que voy á hacer, y si me hallo dispuesto á aceptar todas las consecuencias. Se pretende que esta prueba me es necesaria. ¿Es cierto? ¿Qué fuerza moral habré adquirido cuando salga del presidio, quebrantado por veinte años de sufrimientos? ¿Merecerá mi vida la pena? ¿Y consiento en llevar el peso de existencia semejante! ¿Oh, esta mañana, en el momento de ir á arrojarme al Neva, comprendí bien que soy un vill!

Ambos salieron, por fin. Dunia se había mantenido fuerte en aquella entrevista, gracias al amor que profesaba á su hermano.

Despidiéronse en la calle.

Después de haber andado unos cincuenta pasos, la joven volvió la cabeza para ver por última vez á Rascolnikof.

Este también se volvió cuando llegaba á la esquina de la calle.

Y sus miradas se encontraron; pero notando que la de su hermana estaba fija en la suya, hizo un gesto de

impaciencia, hasta de cólera, para invitarla á continuar su camino.

Y doblando la esquina inmediatamente, desapareció.

VII

A la caída de la tarde llegó á casa de Sonia. Durante todo el día, la joven le había esperado con ansiedad. Por la mañana recibió la visita de Dunia, á quien confirmó todo lo dicho por Svidrigaylof.

De aquella visita, Dunetchka llevóse el consuelo de que su hermano querido no estaba absolutamente solo: Sonia era la primera que había oído su confesión; á ella se dirigió cuando sintiera la necesidad de confiarse á un ser humano; ella le acompañaría allá donde el destino le llevase. Sin haberle preguntado nada sobre esto, Advotia Romanovna estaba segura de que así sucedería; contemplaba á Sonia con una especie de veneración que turbaba á la pobre joven, porque ésta se creía indigna de poner sus ojos en Dunia. Desde su visita á Rascolnikof, la imagen de la encantadora criatura que tan graciosamente la había saludado aquel día, quedó en su alma como una de las visiones más bellas é indelebles de su vida.

En cuanto se separaron comenzó la inquietud de la pobre niña. Temía que Rascolnikof pusiera fin á sus días. Y no le cabía duda de que nuestro héroe había ya muerto, cuando éste se presentó inesperadamente en el umbral de su habitación.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la joven.

Pero cuando hubo examinado el rostro del visitante, palideció.

—¡Bien está!—dijo, riendo, Rascolnikof.—Vengo á despedirme de ti, Sonia. Me rogaste que me entregase. Ahora voy á hacerlo. ¿Por qué tienes, pues, miedo?

Sonia le miró, admirada. El tono en que le hablaba le parecía extrañísimo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; pero, al cabo de un minuto, comprendió que la tranquilidad del joven era fingida.

Al hablarla, Rascolnikof miraba á otro lado, como si temiese encontrarse con sus ojos.

—¿Ves, Sonia? He juzgado que esto sería preferible. Hay aquí una circunstancia..... Pero esto sería largo de contar, y no tengo tiempo. ¿Sabes lo que me irrita? Me pongo furioso al pensar que, en un instante, todos aquellos brutos clavarán sus miradas en mí, me harán preguntas estúpidas, á las que será preciso responder; me señalarán con el dedo..... No iré á casa de Porfirio, me es insoportable. Prefiero ir al encuentro de mi amigo Pólvora. ¡Lo sorprendido que se quedará! Puedo contar con un gran éxito de admiración. Pero será necesario tener más sangre fría; en estos últimos tiempos me he vuelto muy irritable. ¿Lo creerás? Poco faltó hace poco para que le pegase á mi hermana, sólo porque se volvía hacia mí para verme por última vez. He caído bastante hondo. Y bien, ¿dónde están las cruces?

El joven no parecía en su estado normal. No podía permanecer un minuto en el mismo sitio, ni fijar su pensamiento en ningún objeto; sus ideas se sucedían sin transición; deliraba, en una palabra, y temblaban sus manos ligeramente.

Sonia guardaba silencio. Sacó una caja con dos cruces, una de ciprés, la otra de cobre; luego se persignó, y después de repetir igual fórmula en la persona de Rascolnikof, colgó de su cuello la cruz de ciprés.

—Es un simbólico modo de expresar que cargo con mi cruz. ¡Ja, ja! ¡Como si hasta hoy no hubiese empezado á padecer! La cruz de ciprés es la de los niños; la de cobre perteneció á Isabel. La guardas para ti. Enséñamela. ¿La llevaba..... en aquel momento? Conozco otros dos objetos también devotos: una cruz de plata y una medalla. Las dejé “entonces” sobre el pecho de la vieja. Es lo que ahora debía colgarme al cuello..... Pero estoy hablando desatinos y dejo á un lado el asunto principal. Estoy distraído..... ¿Ves, Sonia? Vine á prevenirte, á fin de que sepas..... Pues bien, esto es todo..... No vine más que á eso..... (¡Hum!..... Creía tener otra cosa que decirte.) Sí, tú misma exigiste de mí este paso; voy á hacerme prender, y tu deseo quedará cumplido. ¿Por qué lloras, pues? ¡Tú también! ¡Basta, basta! ¡Oh, qué doloroso me es todo esto!

Su corazón se angustiaba viendo llorar á Sonia.

—¿Qué soy yo para ella?—se decía.—¿Por qué se interesa por mí como pudieran hacerlo mi madre ó mi hermana?

—Haz la señal de la cruz, reza alguna oración—suplicó la joven, con voz temblorosa.

—Sea, rezaré cuanto quieras. Y de buena voluntad, Sonia, de todo corazón.....

No era aquello cuanto tenía deseos de decir.

Se santiguó muchas veces. Reparó, de pronto, que Sonia se disponía á salir con él.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? ¡Quédate, quédate!
¡Quiero ir solo!—exclamó, con voz irritada.

Y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué necesidad hay de ir allá con escolta?—refunfuño, conforme salía.

Sonia no insistió.

El no se despidió de ella; habíala olvidado. Una sola idea le preocupaba en aquel momento.

—¿Es que esto está resuelto realmente?—se preguntaba, conforme bajaba la escalera.—¿No hay medio de retroceder, de arreglarlo todo, de no ir allí?

Siguió andando, sin embargo. Comprendió súbitamente que ya había pasado la hora de las vacilaciones.

Cuando estuvo en la calle, recordó que no se había despedido de Sonia, que ésta se había detenido en mitad del aposento, que una orden suya la había como clavado en el suelo.

Se hizo entonces otra pregunta, que desde hacía algunos minutos agitábase en su cerebro sin formularse claramente.

—¿Para qué la hice esta visita? Le dije que iba á un asunto. ¿Qué asunto era éste? No tengo absolutamente ninguno. ¿Para decirle que “voy allá?” ¡Muy necesario era esto! ¿Para advertirla que la amo? ¡Y hace poco acabo de rechazarla como si hubiera sido un perro! En cuanto á su cruz, ¿qué necesidad tenía de ella? ¡Oh, cuán hondo caí! ¡No, no necesitaba nada de esto! ¡Lo que necesitaba eran sus lágrimas; lo que deseaba era gozar con el sufrimiento de su corazón! ¡Probablemente buscaría, al propio tiempo, el modo de retardar algunos minutos el instante fatal! ¡Y me atreví á soñar con altos destinos, me creí llamado á

hacer grandes cosas, yo, tan vil, tan miserable, tan infame!

Caminaba á lo largo del pretil, no sabiendo qué hacer. Pero cuando llegó al puente, suspendió un momento su marcha, y, bruscamente, se encaminó hacia el Mercado del Heno.

Sus miradas pasaban ávidas de izquierda á derecha; se esforzaba para examinar cada objeto que encontraba, sin poder fijar su atención en éste ni en aquél.

—Dentro de ocho días, dentro de un mes—pensaba,—volveré á pasar por aquí; un coche celular me llevará no sé á dónde. ¿Desde qué parte contemplaré entonces este canal? ¿Veré esa muestra que dice: “Compañía”? ¿Leeré esto entonces como hoy? ¿Cuáles serán mis sensaciones y mis pensamientos?..... Dios mío, ¡qué mezquinas son estas preocupaciones! Sin duda que esto es curioso..... en su género..... ¡Ja, ja! ¡De qué voy ahora á preocuparme! Hago el niño, ensayo posturas frente á mí mismo. ¿Por qué han de ruborizarme mis pensamientos? ¡Oh, qué baráúnda! Ese hombre grueso, un alemán, según todas las apariencias, ¿qué acaba de empujarme, ¿sabe que me ha dado un codazo? Esta mujer que tiene un niño de la mano y pide limosna, acaso me crea más feliz que ella. Esto sería divertido. Debía de darle algo, por lo curioso del hecho. Tengo cinco “kópeks” en el bolsillo. ¡Una casualidad! “Matuchka,” toma.

—¡Dios le conserve!—dijo la mendiga, en tono plañidero.

El Mercado del Heno estaba lleno de gente.

Tal circunstancia desagradó á Rascolnikof; sin em-

bargo, se dirigió precisamente hacia el sitio en que la multitud era más numerosa.

Hubiera comprado la soledad á cualquier precio; pero sentía interiormente que no hubiera podido gozar de ella ni un solo minuto.

Cuando llegaba á la mitad de la plaza, recordó las palabras de Sonia.

Ve á las encrucijadas, saluda al pueblo, besa la tierra que has manchado con tu crimen, y di en voz alta, delante de todo el mundo: "¡Soy un asesino!"

Tal recuerdo le hizo temblar. Las angustias de los días anteriores habían hasta tal punto agostado su alma, que se consideró feliz al encontrarla todavía accesible á una sensación de otra especie, á la cual se abandonó por completo. Inmensa ternura se apoderó de él; sus ojos se llenaron de lágrimas.

Púsose de rodillas en medio de la plaza, se encorvó hasta el suelo y besó con alegría aquella tierra enlodada. Luego se levantó y volvió á arrodillarse.

—¡Uno que se trata bien!—dijo alguien, cerca de él.

La observación fué acogida con carcajadas.

—Es un peregrino que va á Jerusalén, amigos míos; se despide de sus hijos, de su patria; saluda á todo el mundo; da el beso de despedida á San Petersburgo y al suelo de la capital—agregó un burgués algo beodo.

—Es todavía muy joven—dijo otra voz.

—Es un noble—observó alguien.

—En el día de hoy, los nobles ya no se distinguen de los que no lo son.

Viéndose objeto de la atención general, Rascolnikof

perdió la tranquilidad y el uso de la palabra, y la frase "¡Soy un asesino!" que quizá iba á salir de su boca, expiró en sus labios.

Las exclamaciones, las burlas de la multitud no le causaron, por otra parte, gran impresión, y serenamente se encaminó hacia la comisaría.

Por el camino, una sola imagen atrajo sus miradas; había esperado hallarla á su paso; por eso no le admiró verla.

En el momento en que acababa de arrodillarse por segunda vez, no muy lejos, á unos cincuenta pasos, había visto á Sonia.

Esta hizo cuanto pudo para no ser vista, ocultándose tras de uno de los puestos de madera. "¡Luego le acompañaba en la subida á su Calvario!"

Desde aquel instante, Rascolnikof adquirió la convicción de que Sonia era suya y de que le seguiría á todas partes, aun cuando su destino le condujese al fin del mundo.

¡Había llegado al sitio fatal!

Entró en el patio con paso bastante seguro. La oficina de policía estaba situada en el tercer piso.

—Antes de subir allá arriba, todavía tengo tiempo de volverme atrás—pensaba.

Le gustaba repetirse que, hasta que no hubiera confesado, podía cambiar por completo de resolución.

Como en su primera visita, encontró la escalera sucia y mal oliente, por las emanaciones que vomitaban las cocinas abiertas en todos los pisos.

Sus piernas vacilaban mientras subía la escalera. Se detuvo un instante para tomar aliento, para preparar su entrada.

—Mas, ¿para qué?—se preguntó de pronto.—Puesto que es necesario vaciar el vaso, muy poco importa la manera de apurar su contenido. Cuanto más amargo sea, mejor.

Luego se presentó en su imaginación la figura de Ilia Petrovitch, el teniente Pólvara.

—¿A él es á quien voy á hablar? ¿No podía dirigirme á otro, á Nikodim Fomitch, por ejemplo? ¿Si fuese al domicilio personal del comisario de policía y le contara el hecho?..... ¡No, no! Hablaré á Pólvara, y antes concluiré todo.

Estremeciéndose, teniendo apenas conciencia de sí mismo, Rascolnikof abrió la puerta de la oficina.

En la antesala sólo había un ordenanza y un hombre del pueblo.

Pasó á la otra habitación, en donde trabajaban los escribientes. No estaba Zametof ni tampoco Nikodim Fomitch.

—¿No hay nadie?—preguntó el visitante, dirigiéndose á uno de los empleados.

—¿Por quién preguntáis?

—¡A... a... ah! Sin oír sus palabras, sin ver su rostro, he adivinado la presencia de un ruso..... como se dice en no sé qué cuento..... ¡Se os saluda!—dijo bruscamente una voz conocida.

Rascolnikof se estremeció. Ante él estaba Pólvara; acababa de salir de otra estancia.

—Lo ha querido el destino—pensó el visitante.

—¿Vos aquí? ¿Cómo es eso?—exclamó Ilia Petrovitch, que parecía de muy buen humor.—Si para asuntos vinisteis, es demasiado pronto. Por casualidad me encuentro..... Mas..... ¿en qué puedo.....?

Confieso que no os..... ¿Cómo, cómo es vuestra gracia? Perdonad.....

—Rascolnikof.

—¡Ah, sí! ¡Rascolnikof! ¿Creeréis que ya lo había olvidado? Os ruego, no me juzguéis tan... Rodion... Ro.... R.... Rodionitch, ¿verdad?

—Rodion Romanovitch.

—¡Sí, sí, sí! ¡Rodion Romanovitch! ¡Rodion Romanovitch! Lo tenía en la punta de la lengua. Os confieso que lamento sinceramente el modo cómo procedimos con vos el otro día..... Más adelante me explicaron todo el asunto; supe que erais un joven escritor, un sabio.... supe que debutabais en la profesión de las letras..... ¡Santo Dios! ¿Cuál es el literato, cuál es el sabio que, en sus comienzos, no hizo más ó menos vida bohemia? A mí me gusta mucho la literatura..... Salvo el lustre del nacimiento, lo demás puede adquirirse por medio del talento, del saber, de la inteligencia, del genio. Un sombrero, por ejemplo..... ¿Qué es un sombrero? Un sombrero se compra; pero lo que está bajo el sombrero, lo que oculta, no se puede comprar. Pero, hablando de estas cosas, no os pregunto el objeto de vuestra visita..... Me han dicho que vuestra familia se halla actualmente en San Petersburgo.....

—Sí, aquí están mi madre y mi hermana.

—He tenido el honor y el placer de encontrar á la última; es una persona tan encantadora como distinguida. De veras deploro el altercado que en otra ocasión tuvimos. Respecto á las conjeturas basadas en vuestro desvanecimiento, luego se reconoció su falsedad. Comprendo la indignación que sentiríais. Ahora

que vuestra familia vive en San Petersburgo, ¿habéis cambiado de domicilio?

—No, no, hasta la fecha. Vine á preguntar..... Creí que estaría aquí Zametof.

—¡Ah, es cierto! He oído decir que tenéis amistad con él. Pues bien, Zametof no está aquí ya. Nos abandonó ayer; hubo, antes de que partiera, palabras gruesas entre él y nosotros..... Es un galopín sin enjundia, y nada más; prometía algo; pero tuvo la desgracia de alternar con nuestra juventud, y se le metió en la cabeza el dárseles de sabio. Zametof nada tiene de común con vos, ni con el señor Razumikin ni con otros jóvenes por el estilo. Vosotros abrazasteis la carrera de la ciencia, y los reveses nada significan para vosotros. Para vos, por ejemplo, nada son las alegrías de la vida; lleváis una existencia austera, ascética, monástica, de hombre de estudio. Un libro, una pluma, una investigación que hacer. ¡He ahí vuestra dicha! Yo, hasta cierto punto..... ¿Conocéis la correspondencia de Livingstone?

—No.

—Yo sí la he leído. Ahora, hablando de otra cosa, el número de nihilistas parece que ha aumentado, lo cual no es de extrañar en una época como la presente. Hablando "inter nos," ¿sois nihilista? Responded francamente.

—No, no.....

—Sed franco, habladme como si hablaseis con vos mismo, no tengáis miedo. Una cosa es el servicio y otra cosa..... ¿Creíais que iba á decir la "amistad?" Pues os engañasteis. No la amistad, sino el sentimiento del hombre y del ciudadano, el sentimiento humanitario y

de amor á Dios. Yo puedo ser un personaje oficial, un funcionario; mas por esto no debo dejar de ser un hombre; un ciudadano. Hablabais de Zametof..... Pues bien, Zametof es un muchacho que copia el "chic" francés, que escandaliza en los malos lugares cuando ha bebido una copa. ¡Ahí tenéis lo que es vuestro Zametof! Quizá yo haya sido con él algo violento; pero, si mi indignación me llevó demasiado lejos, esto obedecía á un sentimiento elevado: el celo por los intereses del servicio. Además, ¡poseo un rango, una situación, una importancia social! Cumpló mi deber de hombre y de ciudadano, mientras él, ¿qué es? Permitted que os lo pregunte. Hablo con vos como con un hombre educado. ¿Sabéis que las mujeres sabias se han multiplicado de una manera prodigiosa?

Rascolnikof miró al teniente con aire embobado. Las palabras de Ilia Petrovitch sonaban en sus oídos como frases sin sentido. Sin embargo, bien ó mal, comprendía algo de ellas. En aquel momento preguntaba con la vista á su interlocutor, sin saber cómo todo acabaría.

—Hablo de las jóvenes que llevan el pelo cortado á lo Tito—continuó el inagotable Ilia Petrovitch.—Las llamo sabias, aunque el de marisabidillas sería nombre más apropiado. ¡Ja, ja! Estudian medicina, estudian anatomía. Decid, si yo estuviera enfermo, ¿me haría visitar por una señorita?

Ilia Petrovitch se echó á reír, encantado de sí mismo.

—Admito la sed de instrucción; pero, ¿no pueden instruirse sin entregarse á tales excesos? ¿A qué ser insolentes? ¿A qué insultar á nobles personalidades,

como hace Zametof? Porque, ¿qué razón tuvo éste para insultarme?..... Otra epidemia que progresa terriblemente, es el suicidio. Se come uno todo lo que tiene, y en seguida se mata. ¡Jovencitas, muchachos, ancianos!..... ¡Todos se suicidan! Nó ha mucho, hemos recibido la noticia de que un caballero recientemente llegado á esta capital, ha puesto fin á su vida. ¡Nil Parlitch, eh, Nil Parlitch! ¿Cómo se llamaba el "gentleman" que esta mañana se levantó la tapa de los sesos en la Peterburgskaia?

—Svidrigaylof—respondió, con voz bronca, uno de los que estaban en la vecina habitación.

Rascolnikof se estremeció.

—¡Svidrigaylof! ¿Svidrigaylof se ha pegado un tiro?—exclamó.

—¡Qué! ¿Conocéis á Svidrigaylof?

—Sí..... le conocía..... No hacía mucho tiempo que había llegado á San Petersburgo.

—En efecto, llegó hace poco; había perdido á su esposa, era un perdido. Se ha suicidado en condiciones particularmente escandalosas. Sobre su cadáver se ha encontrado un cuaderno, en el que había escrito algunas palabras: "Muero en posesión de mis facultades intelectuales. No se culpe á nadie de mi muerte." Se dice que no era pobre. ¿Cómo es que vos le conocíais?

—Yo..... mi hermana había sido institutriz en su casa.

—¡Bah! ¡bah!..... En tal caso, vos podéis dar informes respecto á él. ¿No teníais ninguna sospecha de su intento?

—Le vi ayer..... estaba bebiendo vino..... Nada sospeché.

Rascolnikof sentía como el peso de una montaña sobre su pecho.

—Me parece que os ponéis pálido..... ¡Es tan asfixiante la atmósfera de esta habitación!.....

—Sí, tengo que marcharme—balbuceó el visitante. —Perdonad si os he molestado.....

—¡Vaya!..... Siempre á vuestra disposición. Me habéis proporcionado un buen rato, y celebro mucho.....

Al pronunciar estas palabras, Iliá Petrovitch tendió su mano al joven.

—Sólo deseo..... Tenía que ver á Zametof.....

—Comprendo, comprendo..... Celebro que hayáis venido.....

—Yo..... también me alegro de haberos hablado..... Hasta la vista—dijo Rascolnikof, sonriendo.

Salió, andando á trompicones. La cabeza le daba vueltas. Apenas podía tenerse, y, al bajar la escalera, se vió precisado á apoyarse en la pared para no caerse. Le pareció que un ordenanza que subía á la oficina le dió con el codo al pasar; que un perro aullaba en el primer piso, y que una mujer gritaba para hacer callar al animal.

Entró en el patio. De pie, no lejos de la puerta, Sonia, pálida como una muerta, le contemplaba con aire extraño.

Se detuvo frente á ella. La joven juntó las manos; su fisonomía expresaba la más horrible desesperación.

Al verla, Rascolnikof sonrió; ¡pero con qué siniestra sonrisa!

Instantes después entraba nuevamente en la oficina.

Ilia Petrovitch se disponía á revisar unos papeles. Ante él estaba el alguacil que, al subir, había tropezado con Rascolnikof.

—A.... a.... ah! ¡Otra vez aquí! ¿Olvidasteis algo? Pero, ¿qué os pasa?

Con los labios pálidos y la mirada fija, Rascolnikof avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch.

Apoyándose con la mano en la mesa ante la que el teniente estaba sentado, quiso hablar; pero no pudo articular más que sonidos ininteligibles.

—Estáis enfermo. ¡Una silla! Sentaos. ¡Agua!

Rascolnikof se dejó caer sobre el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo rostro expresaba una desagradable sorpresa.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio.

Alguien apareció con un vaso de agua.

—Yo fui.....—comenzó Rascolnikof.

—Bebed.

El joven rechazó con un ademán el vaso que le presentaban, y en voz baja, pero clara, hizo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

“Yo asesiné á hachazos, para robarla, á la vieja prestamista y á su hermana Isabel.”

Ilia Petrovitch llamó, y la habitación se llenó de gente.

Rascolnikof repitió su confesión.

.....

EPILOGO

I

Siberia. A orillas de un ancho y desierto río se eleva una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza, en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodion Romanovitch Rascolnikof, condenado á trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han transcurrido desde el día en que cometió el crimen.

El proceso no encontró muchas dificultades. El culpable ratificó sus confesiones con tanta resolución como precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuar el horror del hecho, sin velar los detalles, sin olvidar los más pequeños pormenores. Hizo un completo relato del crimen; aclaró el misterio de la “prenda” encontrada en las manos de la vieja; refirió cómo había tomado las llaves del bolsillo de la usu-